

Armando Cassigoli

MEDIO MILENIO DEL NACIMIENTO DE MAQUIAVELO. MILENIOS DE MAQUIAVELISMO EN POLÍTICA

EL DÍA 3 de mayo del año 1969 se cumplieron quinientos años del nacimiento de Niccoló Macchiavelli (traducido entre nosotros como Nicolás Maquiavelo) en la renacentista ciudad de Florencia, “capital burguesa”, como la denomina Von Martin, ya desde el año 1293, fecha en que empieza a regir la Constitución que entrega el poder “a una élite de burguesía plutocrática”.

A cinco centurias de distancia se hace necesario formular algunas consideraciones con respecto al creador de *Il Príncipe* y su obra, por cuanto, la visión política que él expresara tiene aún, y más que nunca en nuestros días, la concreta vigencia que lo transforma en un contemporáneo. Por otra parte, la estructura de relaciones de producción que aflora en la época de Maquiavelo, todavía nos rige y sus correlatos superestructurales, en lo esencial, se mantienen.

Una meditación sobre Maquiavelo y su obra nos sitúa frente a la problemática del Estado, del estado burgués añadiríamos, del juego y acontecer político, en el sistema económico capitalista; del poder, en fin, que en los estados modernos tiende a constituirse en un totalitarismo cada vez más grosero o más sutil, pero que no por esto pierde su categoría de ser una negación del ideal de hombre libre expresado, entre otros por Carlos Marx.

Por lo antes dicho, el repensar a Maquiavelo nos conduce también al análisis mismo del socialismo y a las tareas de la izquierda en el Tercer Mundo que en tanto “maquiavelice” sus actuaciones, todavía estará muy lejos de haber planteado un modelo social, una táctica y una estrategia que signifiquen innovación y no mera adhesión imitativa a las reglas del status mundial impuesto por las grandes potencias.

Maquiavelo fue un típico pensador burgués, más todavía, fue el más importante sistematizador de la legalidad política que la conciencia burguesa tiene como herramienta de dominio. Y burgueses han sido también la casi totalidad de sus contradicto-

res, tales como Federico El Grande de Prusia, Napoleón, Mussolini y tantos otros que se toparon con su obra, reprochándole en el papel aquello mismo que en la acción emprendían. Sin embargo, la mera determinación de “hombre del burgo”, no basta para analizar un fenómeno más complejo que se ha expresado ya durante medio milenio y que, la terminología de la ciencia política no explicita o que, la mayoría de las veces, el manido lenguaje de las contingencias políticas tergiversa.

La obra de nuestro autor posee una diversidad y extensión notables: teatro, poesía, prosa, escritos militares, historia, biografía, epistolario, política. No obstante, la casi totalidad de su amplia producción gira sobre un motivo central: lo político; y sobre un libro central: *El Príncipe*, tanto así que, sin temor de exagerar, podríamos aseverar que el resto de su obra no sería otra cosa que corolarios de su libro *El Príncipe*, y si a esto sumamos su praxis social agregaríamos que Maquiavelo fue, más que un escritor que hizo política, un político que escribió libros. Y estos libros no fueron escritos como simple teorización de la trama social e histórica de su tiempo, sino que fundamentalmente como un guía para una acción inmediata que el pueblo (es decir la burguesía florentina) debía emprender para “liberar a Italia de los bárbaros” (es decir, para controlar el poder político y unificar al país)

De aquí que *El Príncipe* que formalmente está dedicado al Magnífico Lorenzo (nieta de Lorenzo El Magnífico), en el hecho, según consta en el Cap. xv está dedicado realmente a otro personaje: al pueblo de Florencia, al ciudadano común, al hombre del burgo. Textualmente dice: “mi intento es escribir cosas útiles a *quienes las lean*”, y todo esto con el fin “de liberar a Italia de los bárbaros” por cuanto “los tiempos son a propósito para que un príncipe nuevo, prudente y virtuoso, establezca nuevas instituciones”, en este tiempo en que Italia “casi exánime, espera quien le cure las heridas, ponga término a los saqueos y robos” y en que todo un pueblo está resuelto a “seguir una bandera con tal que haya quien la enarbole”; sobre todo ahora que “las circunstancias son favorables por demás”; a esto habría que agregar que “la superioridad de los italianos en fuerza, destreza e ingenio es notoria”, por consiguiente es “ante todo indispensable proveerse de ejército propio” para que “la

virtud itálica luce contra los extranjeros”. Todas estas últimas citas extraídas del Cap. xxvi nos demuestran que toda la abstracción teórica maquiaveliana, si bien es cierto tiene su valor propio y como análisis se justifica a sí misma, tiene como fin una realización práctica inmediata y urgente.

Todos estos ideales unitarios, emancipadores y nacionales son la expresión de las necesidades de desarrollo de la burguesía italiana y europea de la época y, al mismo tiempo, la avanzada ideológica de lo que, más tarde, se realizará durante el absolutismo. Es decir, la manifestación del despliegue de la “conciencia posible” de la clase social en referencia, no de su “conciencia real”, atada todavía a formas tradicionales, sintiendo aún el peso del medioevo.

LA CONCIENCIA BURGUESA

¿Qué validez tiene el aserto de que en *El Príncipe* están implícitos y explícitos los más importantes datos que evidencian la conciencia posible de la burguesía?

Volvamos al Cap. xv. Ahí podemos leer: “Y juzgo más conveniente irme derecho a la verdad efectiva de las cosas que a como se la imagina”. Ruptura con la tradición y el estatismo. La verdad efectiva, ante todo, de singular semejanza con la llamada de Galileo a “leer en el libro abierto de la naturaleza”. Repudio a quienes en política retornen al pasado. ¿Y quién se imagina cosas? En primer lugar Platón en su *República* y Agustín. Pero también cualquier pensador cuya conciencia, aun en el feudalismo, no vea “la verdad efectiva de las cosas” y permanezca todavía en la exégesis de los textos tradicionales, de la misma manera que en la práctica permanece unido a la tradicional y estática función económica ligada a la riqueza agraria.

Maquiavelo, burgués, aborda el tema con la agilidad y la concreción con que la riqueza, financiera, opera en relación con la riqueza ligada a la tierra. Esta implica inmovilidad, tradición, falta de riesgo; aquélla supone: empresa, aventura, riesgo, cálculo.

Su mensaje va dirigido a la sociedad de hombres libres de la ciudad de Florencia, vivo ejemplo de la sociedad italiana, ciudadanos del burgo, más no comunidad centrada alrededor

del feudo patriarcal; integrantes de una civilización urbana y no componentes, en rígidos estamentos, de una organización castellana.

Su llamado es a defender a la patria, la tierra-padre, la tierra de los padres. Ya ha aparecido la patria como elemento geopolítico de la burguesía y como elemento cohesionador de los futuros estados unificados, desplazando la anterior dependencia leal a señores dispersos y reducidos simplemente a la superficie de sus pertenencias rurales.

La inspiración maquiaveliana está lejos del azar o la espontaneidad. Hay condiciones objetivas que lo llevan a teorizar sobre una realidad que muy bien conoce, sobre todo desde su puesto de secretario de la *signoría* de Florencia, actividad de hombre público que lo pone en contacto con fenómenos políticos que luego abarcarán a todo el mundo.

Lorenzo de Médicis ha convertido a Florencia en una ciudad culta y refinada, centro irradiante del llamado humanismo italiano. Sin embargo, las fuerzas que operaron en la formación del joven, las condiciones que modelaron su conciencia y que, más tarde, en su retiro de San Casciano, lo llevaron a concebir *El Príncipe*, son de una vastedad que excede el simple espíritu de mecenazgo de los Médicis. La familia de los Médicis, nutrida en reyes y papas, poseía en un comienzo dos fábricas de paños y una de seda. Más adelante los negocios prosperan y la firma comercial se descentraliza, combinando asociaciones de capitales en sedes geográficas multinacionales. Junto a la casa matriz de Florencia, se instalan filiales en Londres, Brujas, Ginebra, Lyon, Avignon, Milán, Venecia y Roma. Esta familia de reyes y de papas sigue prosperando y se transforma en monopolista. Habiéndose terminado el comercio de la piedra alumbre, proveniente del oriente, ahora en posesión del Gran Turco, es decir del Imperio Otomano, la industria europea se enfrentó a una crisis. Sin embargo fueron encontrados ricos yacimientos de piedra alumbre en los Estados Pontificios (Tolfa, cerca de Civitavecchia). Acto seguido la Santa Sede entregó de los Médicis tanto la explotación como la comercialización del producto, señalando a la vez que se castigaría con la excomunión a todas aquellas ciudades, príncipes y particulares que compraran alumbre que no fuera de Tolfa. Inclusive, las naves usadas por los

Médicis para este comercio podían enarbolar el pabellón pontificio, aun en empresas bélicas que tuvieran como efecto el impedir que se explotaran otras minas de piedra alumbre en cualquier punto de la cristiandad, como le ocurrió a los reyes de Nápoles que teniendo yacimientos de alumbre en la isla de Ischia no pudieron seguir con el negocio. Téngase en cuenta la importancia de este producto en una época en que el cuero era elemento indispensable para fabricar botas, vasijas, arreos y vestimentas. En estos Médicis vemos ya a los futuros jefes de industria, a los capitanes de partidos políticos, a los organizadores de empresa, a los precursores del capitalismo monopolista.

Pero hay otros factores que, cotejados con los de la época precedente, nos señalan con más exactitud el tránsito de la era noble caballeresca a la era burguesa. El poder político consagrado por la religión se transforma en poder económico cautelado por la inteligencia. El Estado, como expresión de este poder tiene sus propias leyes, arreligiosas. El propio Giovanni Botero, ubicado en la contrarreforma y contradictor de Maquiavelo lo reconoce pocos años más tarde. En su obra *La razón de Estado* dice: “Estado es el dominio ejercido sobre los pueblos y razón de Estado son los medios y actos destinados a fundar, conservar y ampliar ese dominio así ejercido”. El corporativismo paternalista del medioevo se troca en individualismo y autonomía, cuyo fundamento no es ya el legítimo derecho emanado de Dios, sino que el derecho cuya legitimidad se basa en aquello en que todo estado se afirma: La fuerza.

La nobleza de la cuna es reemplazada por la aristocracia del talento: el mercader inteligente desplaza al noble sin ambiciones cuya vida aun camina a la velocidad de los bueyes que aran su predio. Sin embargo esta situación no es estática; el señor feudal encuentra su defensa haciéndose comerciante y el burgués su estabilidad comprando o conquistando un título nobiliario. La Iglesia, por su parte, que en la Edad Media condenó el lucro, ahora ya se atreve a canonizar comerciantes.

La era caballeresca ha muerto y con ella su símbolo bélico: el caballo. El hombre común de la ciudad se desplaza a pie; afirmado directamente en tierra se siente más libre y autónomo. Su trabajo se ejecuta sin necesidad de recorrer los campos; su hacer se circunscribe a las paredes de una casa comercial o a las

reducidas calles del burgo. Caminando por sus propios pies está en igualdad de condiciones con respecto a los demás ciudadanos: nace la infantería, arma irremplazable hasta el día de hoy.

La quietud deviene inquietud de la misma manera en que la siesta agrícola se cambia en vigilia monetaria. En este punto ya se hace necesario reemplazar el latín por la comodidad de las lenguas nacionales.

El burgués que apareja barcos e infla velas para ir a comprar y vender en los exóticos puertos orientales, no puede ya inspirarse o guiarse, para su aventura-empresa, en la tradición libresca de los textos sagrados o en el pensamiento y ciencia de los siglos precedentes. Hay peligros de piratería, corrientes marinas, conversión de monedas, complicados sistemas contables y un sinnúmero de riesgos que solamente, “yendo a la verdad efectiva de las cosas” como expresa Maquiavelo o “leyendo en el libro abierto de la naturaleza” al decir de Galileo, pueden ser conjurados. Sólo esa conducta empírica, que más tarde Bacon expresa filosóficamente, sistematizándola, puede servir de guía a sus propósitos. Sólo esa actitud racional que más adelante Descartes señala en toda su coherencia, puede ayudarlo a salir ganancioso de la empresa. *Ratio* en vez de *Traditio* con el fin de enaltecer no ya la honra del apellido ubicada en la familia, sino que el nombre de la firma comercial que es donde realmente se afianza el verdadero respeto.

En los gremios, los albañiles, los *maçons*, evolucionan hasta llegar a ser *free maçons*, masones libres, que serán la manifestación del artesano en tránsito a obrero fabril.

La economía anárquica de los dispersos feudos devendrá en economía ordenada. Mucho más tarde está *ratio*, este orden, en su expresión capitalista típica y moderna, volverá a ser anarquía pura, para, finalmente, bajo el capitalismo de estado que muchos confunden con socialismo (capitalismo abstracto le llamó Marx) ser nuevamente racional.

Surje la empresa del amor, la empresa de la economía, la empresa de la guerra y la política de lo que antes fuera el arte erótico, en arte financiero, el arte bélico y político. La empresa guerrera, por ejemplo es ahora un negocio monetario por sociedad de acciones en que participan todas las familias de la ciudad entregando un bien instruido infante a las órdenes del jefe. Están

lejanos los tiempos en que se defendían privilegios con ayuda vecinal y en que los caballeros de armas se seleccionaban por su prosapia nobiliaria; se pone de moda el mercenario y la ferocidad en la batalla disminuye. La actitud paternalista de los condes es reemplazada por los medios capitalistas en donde el *condottiero*, el príncipe (anuncio de los estados absolutistas de los años venideros), es no ya producto del poder regional; tierra y privilegios sino que manifestación del poder cosmopolita: el dinero.

Por esta razón el rey pasará a ser, de moderador social, simple gerente del estado con su propia legalidad autosuficiente cuyo fin, justificando todos los medios, será conquistar el poder (en la obra de Maquiavelo) o conservar el poder (en la posición de Botero, quién, como buen ex jesuita sólo desea no perder lo conquistado por el poder temporal de la Iglesia).

La conciencia burguesa reclama horizontes más amplios, invocando una *virtú* amoral e irreligiosa, cuya relación con las virtudes cristianas es solamente en vistas de una razón de Estado y con ello de lo que hoy llamaríamos un oportunismo político. El valor de la iglesia renacentista es el valor del dinero; su contradicción teológica que preside la reforma es contradicción de intereses financieros nacionales; Dios creador del mundo se muta en Dios organizador del mundo, y Su gracia de nada vale si a ella no se suma la habilidad de los hombres, la *virtú* propia de cada uno. “De la fortuna depende la mitad de nuestras acciones y ella sólo impera donde no hay virtud ordenada que la resista” nos dice Maquiavelo. Expresión, voluntad y responsabilidad de una clase que históricamente aparece como manifestación de un romper ataduras, privilegios, estamentos sociales rígidos, paternalismo eclesiástico y bien inmueble. De aquí que el tratado político deba tender a casi una ciencia exacta, tan exacta como exacto debe ser el cálculo monetario de las grandes casas comerciales del quinientos.

Esta liberación de la servidumbre también llega a la filosofía. De *ancilla theologiae* o *ancilla ecclesiae* pasa a ser *humanitas* o método para el goce estético en el simple razonar como en la Academia Platónica de Lorenzo de Médicis.

El arte pictórico, por su parte, marcha de la emoción del contenido a la problematicidad científica del formalismo geométrico. Deja de ser anónimo; la individualidad burguesa se

manifiesta en la firma de las obras, la firma en la pintura, la firma en la escultura, la firma en la arquitectura, la firma comercial. Los personajes del arte que antaño se distinguían por la riqueza de sus atuendos que denunciaban la pertenencia a un alto estamento social, ahora se igualan en el desnudo. El estilo literario es personal, en estilo. Se aburguesan forma y contenido. En *La anunciación* de Leonardo da Vinci, la virgen recibe al ángel a la salida del palacio de una villa de un rico comerciante. En *El retorno de Ulises* de Pinturicchio, el personaje homérico no es otra cosa que la imagen de un mercader renacentista que regresa luego de una operación comercial. El *Cristóbal Colón* de Sebastián del Piombo es el *condottiero* individualista y vencedor.

Como esta primera explosión de la conciencia burguesa presenta algunas características decadentes, se hace necesaria la dictadura para no perder lo conquistado. La Contrarreforma es fuerte y el remedo reformista que significa en Italia la prédica de Fray Girólamo Savonarola, no prende. Se hace menester una reforma diferida, no religiosa sino que fundamentalmente política. Esto es lo que preconiza Maquiavelo con su Príncipe Nuevo, aglutinador de pueblos, de ciudadanos, de hombres de burgo. La “conciencia real” de la burguesía puede perder el camino; es preciso revitalizar y desarrollar su “conciencia posible”. Para esto basta un pretexto: liberar a Italia de los bárbaros, y un político que formule la táctica, la estrategia y el pretexto: Maquiavelo.

En el contexto descrito despliega Maquiavelo toda su obra. En ella se explicitan objetivamente las normas políticas que rigen a la burguesía y al Estado que como clase la representa. A medio milenio de distancia no hay cambio fundamental. El capitalismo de las primeras casas comerciales se ha transformado en imperialismo o en un capitalismo de Estado a nivel casi terráqueo. La conciencia burguesa, contradictoria, en proceso de cambio, con facetas y características diferentes en cada parte de la tierra, sigue imperando, aún en muchos de aquellos países donde se la trata de eliminar. Por esta razón, en una época fundamentalmente política como la nuestra. Maquiavelo está vivísimo y su estudio se hace imprescindible para conocernos a nosotros mismos.

REFORMA DIFERIDA

El proceso de la Reforma fue un movimiento de carácter europeo, antifeudal, antieclesiástico, y en muchos países se convirtió en la ideología revolucionaria de la burguesía que trajo por consecuencia la creación de los primeros estados burgueses de Europa. Empezando con Martín Lutero, prosiguiendo con Zwinglio y terminando con Calvino, la Reforma evolucionó ideológica y políticamente. Francia, Suiza, Alemania, Inglaterra y Bohemia, al cortar su ligazón con los Estados Pontificios y el Papado, al volcar el flujo de impuestos a los municipios nacionales, al practicar el ritual en lengua vernácula, al crear las iglesias nacionales, dieron un paso importante en el camino de la unificación de sus pueblos y de la creación de sus estados. La revolución burguesa tomó entonces el ropaje religioso-teológico para emanciparse de Roma.

Maquiavelo plantea un camino de unificación nacional encarnado en un Príncipe Nuevo que, sin transitar por la vía de la reforma religiosa, defiende a Italia de sus enemigos y exprese los intereses de una burguesía en ascenso. Maquiavelo ve imposible la Reforma Italiana, y si alguna vez pudo entusiasmarse con las encendidas prédicas de Savonarola, consecuente y coherente con la situación histórica, tuvo que reconocer que el fraile con su actitud no podía producir un cambio radical como los de los otros reformistas. De ahí su posición con respecto a la iglesia“. Los estados eclesiásticos —dice— se adquieren por virtud o por fortuna, pero se conservan sin ninguna de ambas cosas. Basándose la posesión en las antiguas instituciones religiosas, son éstas tan fuertes que mantienen la autoridad del príncipe, cualquiera sea su modo de vivir y de gobernar. Estos son los únicos que poseen estados sin defenderlos y súbditos sin gobernarlos” (Cap. ix). Este conocimiento de la Iglesia Católica Romana sólo podía tenerlo un político italiano para el cual, el camino que conduce a su patria, hacia un gobierno centralizado, a la unidad de todo un pueblo, se debe realizar en el plano meramente político, a pesar de la iglesia y no contra ella. Para esto es menester un pueblo organizado, una burguesía consciente de su destino y dispuesta a la lucha, ya que “Fray Girólamo Savonarola —nos dice Maquiavelo—, cuyas reformas

fracasaron tan pronto como la muchedumbre empezó a no creerle, por no tener *medios coercitivos* para obligarla a persistir en sus opiniones ni para convencer a los descreídos". (Cap. vi). En Inglaterra la burguesía, al igual que en Francia, Alemania, Suiza y Bohemia, se plegó económica y militarmente a las iglesias nacionales. La iglesia nacional italiana es la iglesia romana, más aún, Italia es la sede del mundo católico. La única solución, es pues entonces, una solución política, simplemente política. Esta singular situación italiana es, por otra parte, la que produce al político Maquiavelo quien, de paso, devela la estructura de lo político de la sociedad burguesa hasta nuestros días.

Reforma diferida, hemos dicho, razón de Estado para conquistar el poder y colocar en él a quien recoja las aspiraciones populares; situación excelente, además, si, como dice Maquiavelo, "un ciudadano privado se hace príncipe de su patria con el favor de sus conciudadanos" (Cap. viii). Esta es la mayor contribución de Maquiavelo al desarrollo político de su patria en que por vía no reformista se anticipa al advenimiento de los estados absolutistas europeos.

Giovanni Botero, ubicado en el plano de la Contrarreforma nos muestra una "razón de Estado" de otra índole, conservadora y supranacional. "Sin duda —nos dice— que la obra mayor sea la de conservar, porque las cosas humanas van creciendo o decreciendo, tal como la luna a la cual están sometidas, de ahí que el tenerlas sujetas cuando han crecido, sostenerlas de manera tal que no se disgreguen y precipiten, es empresa de valor singular y casi sobrehumano (Lib. I, Cap. I, Ragione de Stato). La *ragion de Stato* es acá en Botero, *ragion di chiesa*, de la política católica romana de los Estados Pontificios y el Papado. Posición conservadora, contracorriente ante la disgregación de la iglesia frente a la avalancha reformista y nacional. No por peligro de que en Italia, seno mismo de la iglesia, nazca un reformador, sino que con perspectiva española, plantea las necesidades urgentes de la Iglesia, aplicables a toda la catolicidad. Recuérdese en este punto que si bien Botero nació en Italia, profesó en la Compañía de Jesús y vivió largo tiempo en España.

Viendo pues imposible la Reforma en Italia, Maquiavelo va

paso a paso señalando consideraciones que, a fin de cuentas, desembocarán en la conquista del poder. La táctica y la estrategia políticas van siendo preparadas desde todos los ángulos. Veamos por ejemplo en Cap. III: La necesidad del cambio de príncipe: “porque queriendo mejorar mudan de buen grado los hombres de señor”. Ganarse al pueblo: “pues por fortísimo ejército que tenga un príncipe, necesita la buena voluntad de sus habitantes para ocupar una provincia”. No hacer cambios radicales: “porque manteniéndolos en todo lo demás en las antiguas condiciones y no imponiéndoles novedad en las costumbres, viven los hombres quietamente”. Mantención del status tributario: “no alterar las leyes ni los tributos”. Si es necesario aplicar la fuerza hacerlo con el máximo de rigor: “Téngase muy en cuenta que a los hombres se les debe ganar o anularlos, porque de las pequeñas ofensas se vengan, pero de las grandes no pueden. Por ello, el agravio que se les haga debe ser de los que no permiten temer venganza”. Explicación de aspectos de la “conciencia posible” de la burguesía: “no hay ambición más natural y ordinaria que la de adquirir, y cuando la satisfacen los hombres que tienen poder para ello, son más dignos de elogio que de censura”. ¿Qué se desprende de toda esta argumentación? Se desprende que los italianos están dispuestos a mejorar y a cambiar de señor; que un príncipe italiano tendría la buena voluntad de todos los... italianos; que en este sentido no es menester hacer mayores cambios ni en las leyes ni en las costumbres; que todo esto lleva a ganarse la buena voluntad de la población, eliminando a la vez a los opositores; y todo esto, finalmente teniendo, como dice en el Cap. V “como bandera de rebelión la libertad”.

Lo que en otros países de Europa se llamó la Reforma Protestante, en Italia habrá de llamarse Nuevo Principado. Los reformistas apelaron a la teología; Maquiavelo recurre a la política y de paso la constituye en ciencia y análisis de toda su estructura que, como hemos dicho, mantiene hoy su vigencia.

APORTES DE MAQUIAVELO Y CONSTANTES POLITICAS BURGUESAS

Uno de los aportes principales de Maquiavelo es su análisis de la sociedad clasista, de las contradicciones de clases sociales.

“Porque en todas las ciudades hay dos tendencias que tienen su origen, una en no querer el pueblo que le opriman los poderosos, y la otra en desear éstos oprimir al pueblo” (Cap. ix). En otras palabras: en los burgos existe la contradicción entre estamentos sociales, existen las clases sociales cuyo antagonismo entra en conflicto en el seno de la sociedad. En este contexto se hace necesario el principado civil de “un ciudadano que llegue a ser príncipe de su patria, no por crimen u otra violencia intolerable, sino por el favor y la asistencia de sus conciudadanos”. Este no sería otro que el príncipe nacional-popular, representante de los no poderosos, del ciudadano común, en otros términos, del burgués florentino e italiano. Sin embargo, hay que ser cautos. Maquiavelo conoce la astucia de clase de los poderosos y la denuncia: “cuando los magnates no pueden dominar al pueblo, aumentan la fama de cualquiera de ellos y lo eligen príncipe para, a su sombra, satisfacer mejor sus deseos de dominación”. Además al decir que: “siendo los propósitos del pueblo más honrados que los de la nobleza, porque ésta quiere oprimir y aquél no ser oprimido”, él mismo toma partido clasista al lado de la burguesía de su patria.

Ahora bien, ¿cuál deberá ser la estrategia clasista a seguir por un gobernante nacional popular? Deberá, según Maquiavelo proceder de la siguiente manera: “los nobles deben considerarse bajo el aspecto de si demuestra o no su conducta completa adhesión al príncipe. Los adictos, si no son ladrones, deben ser protegidos y honrados. A los no adictos hay que dividirlos en dos clases: o no lo son por timidez y debilidad de carácter, y en tal caso debes servirte de ellos, máxime siendo buenos consejeros, porque en la prosperidad te honrarán y en la adversidad no hay que temerles; o no lo son por cálculo y motivos de ambición, lo cual es indicio de que piensan más en ellos que en ti”. Esta estrategia y análisis clasista, ha sido descrito y expresado, casi en el mismo sentido y medio milenio más tarde, por Mao Tse-tung.

El Estado encarna el poder que una clase o estrato social ejerce sobre otro. El poder está avalado por las armas. En la política se expresan estas contradicciones desde o contra el Estado. El político debe luchar por los intereses de su clase. Si esta clase es el pueblo (la burguesía italiana) y es el representante

de ella quien llega al poder, deberá concretizar las aspiraciones de su estrato. El interés de dicha clase, como se ha dicho, es “liberar a Italia de los bárbaros”, no simplemente a Florencia, sino que a Italia entera, con el fin de unificarla. Este ideal se realiza cuatrocientos años después en la Península. Aquí Maquiavelo se adelanta considerablemente a su época porque descubre las leyes, la estructura dialéctica clasista y la conciencia posible de la sociedad burguesa, el desarrollo ulterior de la democracia burguesa. He aquí la vigencia maquiaveliana y el horror de los políticos de los últimos quinientos años al percatarse de la trabazón psicológica y sociológica en que su quehacer está subsumido. Solamente a partir de Carlos Marx y su teoría de la extinción del Estado se abren perspectivas realmente nuevas de desarrollo político, donde la Razón de Estado pierde sentido y donde, a partir de la estructura social sin clases y sin estado (planteada por Marx), recién comienza a tornarse obsoleta la obra y el contenido de Maquiavelo y el llamado maquiavelismo. Pero estamos en el plano de la teoría. En la dura y porfiada práctica, los países que se plantean el camino del socialismo y del comunismo, aún están lejos de haber eliminado las contradicciones entre estratos sociales; el Estado perdura con todo lo que ello implica de negativo. Por esto Maquiavelo hoy está aboslutamente vivo.

UTOPIA Y MITO, MAQUIAVELO Y GRAMSCI

El Príncipe, lejos de ser un tratado sistemático es, para Antonio Gramsci, fundamentalmente un libro-mito que se emparentaría con las obras de Bacon, Moro y Campanella: una utopía. Porque el príncipe descrito por Maquiavelo, el Príncipe Nuevo es un ser inexistente, es un príncipe como *debería ser*. “Las formas en que se configuraba la ciencia política —escribe Gramsci— hasta la época de Maquiavelo, entre la utopía y el tratado escolástico, imprimieron a su concepción la forma fantástica y artística para la cual, el elemento doctrinario y racional se personaliza en un *condottiero* que representa plástica y antropomórficamente el símbolo de la voluntad colectiva”. Es decir... “una creación de fantasía concreta que actúe sobre un

pueblo disperso y pulverizado para suscitar en él y organizar la voluntad colectiva”.

Pero una utopía no es otra cosa que un plan no realizado. De ahí que todo manifiesto político sea en un comienzo utópico. *El Príncipe* fue un manifiesto político, guía táctico para una acción muy determinada. Cuando los *bersaglieri* al mando de Giuseppe Garibaldi ingresan a la Ciudad Eterna por la Porta Pía, Maquiavelo y su *Príncipe* pasan de la utopía a la realidad del hecho histórico.

Para explicitar más el hecho de que una utopía es un programa no realizado, permítaseme un ejemplo. En 1848 fue publicado un manifiesto político considerado “utópico” en su época. He aquí algunas de las medidas “inmediatas” planteadas: Fuerte impuesto progresivo. Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un banco nacional con capital del Estado. Centralización en manos del estado del transporte. Multiplicación de empresas fabriles pertenecientes al Estado. Roturación de tierras incultas. Combinación de la agricultura y la industria. Educación pública gratuita para todos los niños y abolición del trabajo de éstos en las fábricas. Lo anterior pertenece al Manifiesto Comunista de Marx y Engels, utópico para muchos en su época. Hoy nos parece el planteamiento programático de un partido no necesariamente marxista.

Volvamos nuevamente a Gramsci; éste nos dice: “El carácter utópico de *El Príncipe* está en el hecho de que dicho príncipe no existía en la realidad histórica, no se presentaba al pueblo italiano con el carácter de inmediatez objetiva, sino que era pura abstracción doctrinaria, el símbolo del jefe, del *condottiero* ideal”. Para Gramsci el problema consiste en poner al día a Maquiavelo, en otras palabras, observar en qué medida *El Príncipe* es un libro vigente en las décadas del 20 y del 30, en pleno auge del veintenio fascista. “El moderno príncipe, el mito príncipe —prosigue Gramsci— no puede ser una persona real, un individuo concreto; puede ser solamente un organismo, un complejo elemento de la sociedad en la cual ya ha comenzado a concretarse una voluntad colectiva reconocida y afirmada parcialmente en la acción. Este organismo está ya dado en el desarrollo histórico y es el partido político, la primera célula en la

qual se reúnen los gérmenes de la voluntad colectiva que tienden a llegar a ser universales y totales”.

Pero la urgente creación de un partido político que exprese la voluntad nacional-popular del italiano de las décadas del 20 y del 30 no es un fenómeno que se dé por primera vez en Italia, como no es tampoco la existencia del fascismo la que acicatea su necesidad. Desde Maquiavelo y a través de toda la historia italiana, ello se ha planteado sin mayor éxito. La existencia de un partido socialista, se pensó, era más que suficiente para detener los *gruppi di combattimento* y no motivó en un primer momento a las masas italianas para crear un fuerte partido que se opusiera a los *camischie nere*. Para Gramsci el problema es distinto, él escribe su obra en las cárceles de la dictadura mussoliniana, antes ya ha fundado el P. C. italiano y cuando escribe sobre Maquiavelo lo hace pensando en Lenin y en la concepción leninista del Partido como vanguardia de los intereses del proletariado, cuyo primer fruto, la Revolución de Octubre, se desarrollaba en esos días. De ahí que, a propósito de Maquiavelo, justifique la necesidad del partido recién creado (Príncipe Nuovo) que interpretando y expresando la voluntad nacional-popular tome el poder para realizar una reforma moral y cultural, consecuencia de una reforma económica.

En este aspecto del desarrollo de las fuerzas sociales revolucionarias Italia lleva gran retraso. ¿A qué se debe este retraso, no sólo en cuanto al partido político, sino que al mismo modelo social de un estado nacional y popular que represente las grandes mayorías? Gramsci así lo explica: “La razón de los sucesivos fracasos de las tentativas de crear una voluntad colectiva nacional-popular, deben buscarse en la existencia de determinados grupos sociales que se forman de la disolución de la burguesía comunal; en el carácter particular de otros grupos que reflejan la condición internacional de Italia como sede de la iglesia y depositaria del Santo Imperio Romano, etc.

Esta función y la posición consiguiente, determinan una situación interna que se puede llamar “económico-corporativa”, es decir, políticamente la peor de las formas de la sociedad feudal, la forma menos progresiva y la más estagnante. Faltó siempre y no podía constituirse, una fuerza jacobina eficiente, la fuerza pues que en las otras naciones ha suscitado y organizado

la voluntad colectiva nacional-popular y ha fundado los Estados modernos”.

El análisis anterior, de hecho no se refiere tanto ni al fracaso de la instauración del maquiavelismo (en sentido gramsciano) ni al simple hecho de hacer exégesis histórica italiana. Su crítica apunta y explicita una situación concreta, hace referencia a sus carceleros, al corporativismo fascista que es populista y no popular, que es nacionalista y no nacional.

No vivió, por otra parte, tanto Gramsci (murió en 1937, un día después de salir de la cárcel donde estuvo desde 1926) como para señalar, entre otras cosas, los peligros que conlleva la existencia de el partido como expresión de la voluntad nacional-popular en su papel de “príncipe”, es decir, de gobernante: peligro de formación de una casta burocrática y por lo tanto alejamiento de las grandes mayorías; peligro de una dirección con tendencias oligárquicas a lo Michels. Estos dos hechos históricos quizás habrían hecho a Gramsci hacer más consideraciones en torno al Partido o Príncipe Nuovo, que en la tesis maquiaveliana es fundamentalmente democrática en el sentido de referirse a una clase mayoritaria expresada en su representante: el príncipe.

ESTADO Y PARTIDO, MAQUIAVELO Y MICHELS

James Burnham en su obra *Los Maquiavelistas* considera a Robert Michels uno de éstos, partiendo del análisis que Michels hace en su libro *Politische Partei* de la organización en relación con la democracia. Allí plantea que toda organización necesita una dirección y que toda dirección (en cualquiera institución o Estado o partido) cae en lo que él denomina “La Ley de hierro de las oligarquías”. Esta consiste en que todo grupo direccional es oligárquico y tiende, al mismo tiempo, a perpetuarse en el poder. Para esto se vale del control financiero de la **institución**; en segundo lugar, manipula medios de difusión y propaganda que cimentan el prestigio y poder de los dirigentes y, por último, poseen órganos de disciplina que frustran las tentativas de los opositores de suplantar o cambiar dicha dirección. El poder por el poder mismo, avalado por su ley férrea y oligárquica, que nos lleva a veces a pensar en la *Vieja Dama* de Dürrenmatt

o en la doctora de *Los Físicos* del mismo autor. Conquista, consolidación y conservación del poder, como antaño.

Muchos marxistas creyeron, hace algunas décadas, que la democracia era posible a condición de la eliminación de la desigualdad económica, retrocediendo a un prudhomismo criticado por el propio Marx. No contaron con la desigualdad social y de privilegios que las élites burocráticas significan e imponen; no pensaron que mientras existan restos de ideologías e intereses de clases antagónicas, dicha desigualdad existirá, más allá de todo ascenso económico de las mayorías, e incluso igualdad económica, situación que en el hecho jamás ha existido hasta ahora en ningún país socialista, por otra parte.

Solamente y a condición de la extinción del Estado, producto de la extinción de las clases antagónicas, como explica la teoría clásica, se dará margen a la eliminación del poder por el poder, inherente a la estructura clasista, llámese ésta como se llame. De todos modos, una burocracia sin Estado sería tan inconcebible como un Estado sin clases. Sin embargo, el poder político podrá ser abolido y esta utopía o programa a realizar sólo será posible cuando “la clase trabajadora reemplazará en el curso de su desarrollo, la antigua sociedad civil por una asociación que excluirá las clases y su antagonismo, y no habrá ya poder político propiamente dicho, puesto que el poder político es precisamente el resumen oficial del antagonismo de la sociedad civil”. (Marx. *Miseria de la Filosofía*).

De esta suerte el Estado es un hecho histórico cuya obsolencia será posible mediante una praxis política que niegue como tal al poder político en cuanto resumen del “antagonismo oficial de la sociedad civil”. Se plantea, en otros términos, la negación política del poder político que niega la sociedad no antagónica y por lo tanto libre. Antes de este planteamiento utópico o de programa por realizar, Maquiavelo, el maquiavelismo y todo lo que ello explica o implica. Ya que “el Estado no es de ningún modo un poder impuesto desde fuera a la sociedad; tampoco es “la realidad de la idea moral”, “ni la imagen y la realidad de la razón”, como afirma Hegel. Es más bien “un producto de la sociedad cuando llega a un grado de desarrollo determinado”. F. Engels. *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*)

Agreguemos además la definición de Marx: “El Estado es el órgano de dominación de clase, el órgano de opresión de una clase por otra, es la creación del orden que legaliza y perpetúa la opresión”.

El Estado moderno sigue permaneciendo y a la vez se robustece. En las grandes potencias de la actualidad, una suerte de unidimensionalidad, para usar la expresión marcusiana, incrementa su poder y exacerba las “razones de estado” y el “maquiavelismo” connatural a ellas. El maquiavelismo como ciencia que explica el desarrollo del poder y sus leyes, poder cada vez más concentrado y feroz, se expande y desenvuelve. De ciencia deviene en técnica, en teoría que orienta técnicas y herramientas. Su validez se prueba en la práctica cotidiana de las grandes potencias en relación con el mundo dependiente. Sin embargo el “programa” del marxismo con respecto al proletariado y a propósito de la cuestión del Estado, cobra gran valor y actualidad como orientación de las luchas del Tercer Mundo. Porque la teoría marxista del Estado por primera vez plantea una crítica seria a la estructura misma de lo político, cuyo gran sistematizador fuera Maquiavelo, y su fundamentación es el único ataque posible y objetivo a las “leyes” descubiertas por el creador de *El Príncipe* para todo un lato período.

Partir de lo religioso aburguesado o de una ética burguesa, para atacar lo descarnado de las leyes del acontecer político burgués como lo hace Maquiavelo, es no sólo un error, sino que también una hipocresía, o un símbolo más de aquello que se ha dado en llamar “maquiavelismo”. El análisis de la realidad que Maquiavelo estudia y de la cual extrae las leyes de lo político, sólo es atacable a partir de una praxis que se plantee un cambio radical de la estructura de dicha sociedad, en que Estado y Poder pericliten para dar paso a formas distintas de relación entre los hombres. Este ha sido el papel de la crítica marxista y de la praxis propuesta de “transformación del mundo” por Marx en una de sus tesis sobre Feuerbach.

Será la práctica pues la que concretamente hará la crítica al maquiavelismo, es decir, al juego político típico de la conciencia burguesa y las relaciones de producción donde impera la apropiación individual en contradicción con la producción colectiva, ya que, al decir de Engels en *El Origen de la familia*,

“...nos acercamos ahora con rapidez a una fase de desarrollo de la producción en que la existencia de estas clases no sólo deja de ser una necesidad, sino que se convierte en un obstáculo directo para la producción. Las clases desaparecerán de un modo tan inevitable como surgieron un día. Con la desaparición de las clases desaparecerá inevitablemente el Estado. La sociedad, reorganizando de un modo nuevo la producción sobre la base de una asociación libre de productores iguales, enviará toda la máquina del Estado al lugar que entonces le ha de corresponder: al museo de antigüedades, junto a la rueca y al hacha de bronce”. Este Estado, prosigue el mismo autor, no será abolido, irá “extinguiéndose”.

A esta altura cabe entonces la pregunta: ¿Es posible la subsistencia del maquiavelismo político en una sociedad sin clases y sin Estado?

O esta otra: ¿Es coherente en una sociedad clasista, con un Estado fuerte y militarizado, como son los Estados modernos dominantes, recusar los planteamientos de un Maquiavelo en nombre de una hipócrita concepción de lo ético?

Maquiavelo hizo ciencia, más que ideología. A la luz de esa ciencia de lo político podemos afirmar que su obra entera lo sitúa entre los más contemporáneos de los teóricos de la doctrina del poder y del Estado. Por esto mismo es importante complemento para un análisis materialista histórico de la sociedad burguesa.